

Homo educandus: antropología filosófica de la educación

OCTAVI FULLAT

Puebla, Universidad Iberoamericana/Universidad Pedagógica Nacional (*Lupus Magister*), 2004, 148 pp.

POR PABLO LATAPÍ SARRE*

Cada libro se lee de una manera diferente; cuentan sus características y sobre todo las capacidades, intereses y propósitos del lector; cada reseña está por lo mismo condicionada por las numerosas variables que intervienen en la lectura del reseñador.

Octavi Fullat (nacido en 1928), quien por cierto ha venido a México varias veces, ha dedicado su interés de filósofo y educador a reflexionar sobre el ser humano, su vida y su sentido. La obra que aquí se reseña apareció en 1997 en Barcelona y es ahora reeditada por la Universidad Iberoamericana-Puebla y la Universidad Pedagógica Nacional; es una obra presidida por una intención de síntesis, en que el autor precisa su concepción del hombre,** como ser pluridimensional construido sobre una base material-biológica (*physis*), otra civilizatoria (*psykhé*) y otra abierta a la dimensión de la libertad (*ruah*). La educación debe

responder a estas tres dimensiones, no limitarse a las dos primeras.

El autor logra su propósito de presentar su propia visión del hombre y derivar de ella los lineamientos de su educación; lo hace construyendo un discurso enraizado en la tradición occidental (reconoce que habría otros dos ámbitos, el de las culturas asiáticas y el de las mesoamericanas); en él se sopesan las innumerables posiciones con las que filósofos y educadores se han acercado al ser humano e intentado comprenderlo; citas y referencias pertinentes de esos autores facilitan la reconstrucción del panorama de posiciones e invitan al lector a recurrir a las fuentes. Se advierte la enorme diversidad de enfoques e interpretaciones de que el ser humano ha sido objeto, y si algo queda claro es que no puede sostenerse una concepción fija y cerrada –“la verdadera”– de lo que éste es. Múltiples han sido las respuestas a las preguntas sobre su cuerpo y su espíritu, sus formas de aprender, su relación con el resto del mundo natural y las demás especies animales, el significado humano de la historia y la

cultura, o los símbolos y mitos con que expresa sus enigmas y las respuestas que da a éstos.

El libro no intenta someter a análisis la posición de cada pensador; insinúa su crítica cuando ésta procede, dejando a los lectores decantar sus propias conclusiones. No es un texto para “leerse” y ya, en busca de información para pasar un examen, sino para meditar y dejarse interpelar; introduce a la intemperie del pensamiento antropológico occidental y permite asistir a la construcción de la propuesta del autor. En esta propuesta se articulan los procesos educativos necesarios para que niños y jóvenes aprendan una civilización –cultura, técnicas e instituciones–, se incorporen a la historia humana y a sus significados, enfrenten los retos de su libertad y desaten su creatividad.

Hay tres tipos de verdades, afirma Fullat en su “introducción epistemológica”: las empíricas que se formulan por la observación y verificación (ciencias naturales y sociales), las formales basadas en la coherencia interna de los enunciados (lógica y matemáticas), y las existenciales o de

* Investigador del CESU-UNAM.
platapi@servidor.unam.mx

** Por “hombre” se entiende, en este texto, ser humano.

sentido (a las que se llega por los métodos hermenéuticos y fenomenológicos). Las tres son indispensables para comprender lo que significa el conocimiento humano –y a las tres han recurrido los pensadores de la tradición occidental-, sobre todo cuando se refiere al propio ser humano, como es el caso de la antropología filosófica; ésta no es ya “ciencia” sino “saber” sobre el sentido de lo que somos (p. 18).

Las innumerables preguntas sobre lo que somos están presentes en este breve repaso que parte de los griegos presocráticos y llega a los autores contemporáneos: ¿qué es aprender, que es conocer o percibir o comprender o interpretar? ¿Somos libres y dentro de qué márgenes? ¿Dónde empieza lo específicamente humano? ¿Para qué existimos? ¿Qué es la muerte? De los Diálogos de Platón a los positivistas del siglo XIX, de Descartes a Skinner pasando por Pascal y Husserl, de Aristóteles a Kelsen deteniéndonos en Hume, Kant y Wittgenstein, el texto sugiere comparaciones críticas y el reconocimiento a las aportaciones de cada filósofo. Una conclusión obligada es que el esfuerzo de la humanidad por definirse ha sido y seguirá siendo tentativo: inconcluso y siempre relativo. Los reduccionismos, como el materialista que hoy reaparece en la epistemología racionalista de la ciencia empírica que se presenta como única verdad válida, quedan exhibidos por su insuficiencia; no se pueden

excluir, en el intento de autoexplicarnos, la cultura, la historia, el arte y el mundo de los símbolos.

Afirmar un *anthropos* abierto, en ruptura con sus preterminaciones biológicas y civilizatorias, dueño de una desconcertante libertad, no es una veleidad romántica sino una conclusión honesta, fiel a una dirección omnipresente en el pensamiento de Occidente. El autor ancla esta posibilidad de libertad en la categoría hebrea de *ruah*, palabra que significa “espíritu”, no como contenido conceptual sino como “una forma de actuar que recibe el impulso de allende, de Yahvé, del Eterno, del Inefable, del No-existente” y nos lleva “a la narración simbólica de lo Diferente” (p. 106). La posibilidad o aun necesidad de la trascendencia es así dimensión fundamental del hombre, comprobada existencialmente. Esta dimensión da sentido a la persona, a sus decisiones de conciencia o a su proyecto de vida, asuntos que no pueden abordarse desde los sentidos o desde la sola razón. Es verdad que para afirmar esta dimensión no hay argumentos inapelables: “no disponemos de razones apabullantes que convencan a toda la humanidad de que tenemos que ser justos, iguales, libres, fraternos [...] Estas cosas pertenecen a la insensatez de la libertad, de la opción y del compromiso existenciales” (p. 137). “El ser humano no es solamente biología (*sarx*), sociología e historia (*psykhé*) y razón (*nous*); pare-

ce inesquivable sostener que es asimismo exceso y desmesura (*ruah*)” (p. 142). Y cita a Wittgenstein: “Tengo la impresión de que, incluso cuando se han respondido todas las posibles preguntas científicas, no se han tocado ni poco ni mucho nuestros problemas vitales [...] Sin embargo, lo inexpresable existe; se muestra; es lo místico”.

En esta dimensión brota el orden de la moral, la cual no es simple ajuste de conductas a las exigencias sociales ni conclusión de argumentos racionales ni consenso entre pares, sino imperativo de otro orden que supera a la razón; el hombre no es sólo impulso o deseo de saber; si la vía intelectual resulta tan limitada para explicarnos a nosotros mismos “no resta más que la *via amoris*, ayudada por la imaginación creadora. Es el camino de la ética” (p. 102).

El “conócete a ti mismo” de los griegos, más que invitación a filosofar sobre lo que somos, es un llamado a la “humildad existencial”: no se te ocurra, dice el autor, hacerte igual a los dioses; recuerda que eres limitado.

La reflexión antropológica desemboca necesariamente en la concepción y práctica de la educación, la cual “es un sistema de intervenciones [...] en las propiedades, situaciones y procesos humanos, con ánimo de obtener modificaciones [...] Tales intervenciones y modificaciones se llevan a término dentro de un contexto ideológico utópico, que reside en la cultura de la civilización para la cual se educa” (p. 96).

A veces se habla de una concepción “humanista” de la educación; con ese adjetivo se alude vagamente a valores metaeconómicos, a los ámbitos de las vivencias artísticas y a los principios éticos que remiten a una “dignidad de la persona humana”; pero estos referentes no suelen definirse con rigor y claridad. Lo que Fullat aporta es sustanciar y explicar esa concepción humanística, enraizándola en la tradición filosófica occidental.

Los lectores latinoamericanos tendremos que completar el panorama con nuestros propios referentes, pues no fue el propósito del autor –ubicado en el ámbito cultural de España y Francia– detenerse en nuestra especificidad. Habría que hacerlo desde dos perspectivas: la de las cosmovisiones indígenas cuyos valores perduran en muchos países de la región, y la de la

experiencia histórica del hombre latinoamericano, recientemente profundizada: una antropología filosófica y educativa latinoamericana no puede prescindir ni de Paulo Freire ni de los teólogos de la liberación (Gustavo Gutiérrez, Jon Sobrino, Leonardo Boff) cuyas representaciones han marcado nuestra idea del hombre y de su hacer educativo.

El libro tiene una laudable intención didáctica, que se evidencia en las breves referencias que contextúan a los autores citados, no menos que en los numerosos diagramas que esquematizan conceptos importantes. Texto claramente destinado a ser pretexto para que el lector analice, discuta, contra ponga e interprete las opiniones del autor y las de los otros autores referidos, en busca de una asimilación personal. Texto, en fin, para autoeducarse y educar.

Pese a su brevedad y gracias a la sencillez de su estructura y lenguaje, la obra será útil sobre todo a los estudiantes de educación, en su tarea de construir una síntesis antropológica personal. Será útil también a los profesores e investigadores que cuentan ya con su propia síntesis, explícita o implícita, y desean someterla a la revisión crítica, siempre necesaria.

Nuestros programas de formación de profesores e investigadores de la educación están urgidos de que se tome en serio a la filosofía, no como revisión de autores y fechas sino como reflexión continuada sobre el hombre, sus problemas e incertidumbres, de la cual se desprenderán las orientaciones de una pedagogía deseable. La obra de Fullat responde brillantemente a esta necesidad.